

RESEÑA DE JORNADAS

# Marcas de vida, marcas de muerte



ZULI O'NEILL<sup>1</sup>



La jornada «Marcas de vida, marcas de muerte» fue organizada por la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, con la participación de la doctora Silvia Flechner (presidenta), el Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis, representado por la doctora María Cristina Fulco (decana), y el Centro de Intercambio, representado por la doctora Fedora Espinal de Carbajal (directora). Tuvo lugar el sábado 25 de mayo de 2013.

Fue invitada a esta actividad la doctora Janine Puget,<sup>2</sup> quien brindó una conferencia titulada «Marcas actuales y pasadas». La psicoanalista argentina

trabajó en torno a las marcas que se traen, cuando se constituye una pareja o una familia, a través de la historización de la estructuración psíquica personal de cada uno de sus miembros. El guion del film *El otro*

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. zulioneill@hotmail.com

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. janinepuget@gmail.com

*hijo*, dirigido por Lorraine Levy, fue el pretexto para pensar puntos de problematización en torno a las marcas culturales y sus destinos en el encuentro con el semejante. Propuso la idea de una experiencia afectiva que algo modifica sin que sea necesariamente un aprendizaje. Destacó una vez más el valor de sostener la tensión de la pregunta que no busca respuesta y que interpela nuestra práctica y teorías. Provocativamente nos dejó planteada la interrogante: ¿marcas del inconsciente o menos conocimiento del otro?

El otro invitado fue el Espacio Interdisciplinario de Medicina Forense, Arte y Psicoanálisis, un proyecto del Departamento de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, cuyo coordinador es el catedrático profesor doctor Hugo Rodríguez.

Invitamos a escuchar una yuxtaposición de textos, relatos, escenas ambiguas que en su montaje daban una posibilidad fecunda de construir un diálogo entre nuestros saberes. Montaje que busca rescatarse de un racionalismo empecinado que muchas veces oculta, para no ver, lo que la realidad tiene de sutil, de esquivo, de equívoco, de insinuante e inasible para el entendimiento y aun para el corazón.

Formó parte, por ello, de esta propuesta un discurso único y vasto, el de la música, de la saxofonista barítono licenciada Alejandra Genta. Aparente paradoja inserta en la intersección de las matemáticas, los lenguajes, los ritmos, encuentros azarosos con las emociones del otro.

Participaron también dos discursos concernidos por lo social y la ley, por el saber científico, y ambos concernidos por la institución del Estado: lo policial y lo forense. Intervinieron el inspector principal (R) Luis Mendoza y el doctor Domingo Medero.

Finalmente participó el juez doctor William Corujo con —disponiendo de la estética de las palabras— «No se culpe a nadie», un cuento de Julio Cortázar que produce belleza y abre a un final incierto con relación a la índole de los vínculos que el hombre está dispuesto a establecer con su difusa verdad.

Nos interesaba no disociar razón y temperamento, no divorciar la reflexión en prosa de la poesía. Nos interesaba mantener la hibridez de un hecho y el magnetismo que lo vuelve singular. Interesados en la verdad que también preserva su penumbra, invitábamos a que algo ocurriera al proponer en el intercambio otros montajes posibles, ahora nacidos en el diálogo con el hacer del público.

Allí se dio el intercambio. Para dar cuenta de algo de lo sucedido, mejor lo expresa la carta de gratitud llegada a la *Revista* junto con lo escrito por la psicóloga Mariela Costal Garrido,<sup>3</sup> que transcribimos.

La propuesta era seductora. Junto a la imagen convocante, un panel heterogéneo. Me venían asociaciones *ducasseanas* de lo siniestro y lo bello. Recientemente había leído en el *El ojo absoluto*, de Gérard Wajcman, que autopsia significa 'mirarse a sí mismo, ver con los propios ojos'.

El cuento elegido por los organizadores, «No se culpe a nadie», de Julio Cortázar, forma parte de una publicación que se llama *Final de juego*. Es un relato breve, denso y asfixiante que, más allá del agotador esfuerzo del personaje, obliga al lector a tomar aire desordenadamente más de una vez antes de terminar de leerlo, porque Cortázar utiliza con alevosía el olvido de puntos y comas, para generar el lúdico efecto que logra.

Para quienes conocen la obra, la pregunta ¿suicidio, homicidio o accidente? abre una interrogante, tanto a través de este cuento como de otros cuentos de dolor y de angustia. ¿Qué lleva a un individuo a esa división interna que no puede procesar? ¿Qué dolor psíquico lo sacude y lo desarma? ¿Y qué intervención tienen otros?

En búsqueda de una verdad que nos trasciende, nos quedamos con los titulares, sin el lenguaje «objetivo» del parte policial y sin la máxima del juez. A poco más podemos aspirar, porque la verdad es imposible. Y así lo subrayaba el saxo que ponía la nota diferente al encuentro y escondía la trágica historia detrás.

Janine Puget pide la palabra y habla de desacralizar la muerte, la verdad y el psicoanálisis. ¿Qué lugar damos a las marcas? Utiliza la metáfora del cuerpo como heridas que pueden cicatrizar a lo largo de un proceso y habla de las heridas en el tejido social, las que para no quedar abiertas deben encontrar su lugar, ser un recuerdo con la evocación de un dolor, siendo transformadas en «arte de la memoria».

Toma la película francoisraelí —premiada en el Festival de Cine de Tokio— *El otro hijo*, que reedita las diferencias entre judíos y palestinos. A punto de alistarse en el ejército israelí, un joven descubre que no es hijo biológico de sus padres, que fue intercambiado al nacer con un niño de una familia palestina. Ambas familias ven sus vidas sacudidas por la impresionante revelación, que obliga a todos a reflexionar acerca de ideologías, valores, identidades y convicciones. Marcas de culturas diferentes, en las que lo cultural los ubica como enemigos. Ahí, donde lo intolerable se vuelve tolerable, cada familia convive con el enemigo en casa y va construyendo su vínculo familiar para incorporar a ese hijo.

Janine Puget se pregunta y nos invita a interrogarnos: ¿qué frontera tienen las marcas? ¿Se pueden canonizar las marcas de lo biológico, lo social y lo político? «El enemigo de lo vincular es la propiedad.» ¿Busco marcas del inconsciente o busco producir situaciones fugaces que permitan tener menos conocimiento del otro? ¿Busco certezas o voy a la deriva con más desconocimiento que conocimiento?

La discusión del último tiempo se ha centrado en el tema de la realidad del «otro» y el concepto de acontecimiento, lo nuevo contra la repetición y la función del azar, lo que persiste y lo que cambia y el principio de incertidumbre. Ese girar del mundo interno del sujeto al mundo vincular constituye un quiebre epistemológico y genera efectos en la clínica y en la lectura de su conflictiva. Así, el encuentro con otro es una ocasión para promover nuevas inscripciones psíquicas: el otro asigna, seduce, desafía, rechaza, con los otros se trenzan relatos de la historia, se unen recuerdos y se simbolizan acontecimientos.

Quedan las palabras de Sonia Cesio: «La presencia del otro constituye una posibilidad de placer y de dolor, y debería ser considerada como instituyente de marcas inevitables en toda relación entre dos o más».

De algunas marcas que llevan a estar, decir, trabajar es de lo que entonces se trataron estas jornadas. ♦